

cios; se entretienen en construir y en darse buena vida. Todas las circunstancias físicas y morales, la geografía y la política, el presente y el pasado, han incurrido al mismo efecto, es decir, al desarrollo de una facultad y de una inclinación en detrimento de las demás: conducta hábil y prudencia de corazón, inteligencia práctica y deseos limitados, saben mejorar el mundo real, y hecho esto, no buscan más allá.

En efecto, considerad su obra: por su perfección y sus deficiencias, muestra al propio tiempo los límites y las potencias de su espíritu. La filosofía, tan natural en Alemania, la gran poesía, tan floreciente en Inglaterra, les han faltado. No saben olvidar las cosas sensibles y los intereses positivos, para entregarse á la especulación pura, seguir las audacias de la lógica, refinar las delicadezas del análisis, hundirse en las profundidades de la abstracción. Ignoran esas agitaciones del alma, esas violencias de los sentimientos comprimidos, que imprimen al estilo un acento trágico, y esa fantasía vagabunda, esos ensueños deliciosos ó sublimes que por encima de las vulgaridades de la vida abren los ojos á un nuevo universo. Entre ellos, ningún filósofo de gran especie; su Spinoza es un gran judío, discípulo de Descartes y de los rabinos, solitario aislado, de otro genio y de otra raza. Ninguno de sus libros se ha vuelto europeo, como los de Burns, de Camoëns, que han nacido, sin embargo, en naciones tan pequeñas como esa. Entre sus escritores, uno solo ha sido leído por todos los hombres de su siglo. Erasmo, literato delicado, pero que escribió en latín, y que por su educación, sus gustos, su estilo, sus ideas, está unido con la familia de los humanistas y de los eruditos de Italia. Los antiguos poetas holandeses, como por

ejemplo, Jacobo Gats, son unos moralistas graves, sensatos, un poco latos, que alaban las dichas del hogar y la vida de familia. Los poetas flamencos del siglo XIII y del siglo XIV anuncian á sus oyentes que no les contarán fábulas caballerescas, sino historias verdaderas, y ponen en verso sentencias, prácticas ó acontecimientos contemporáneos. Sus cámaras de retórica han cultivado y puesto en escena la poesía en vano; ningún talento ha sacado de esa materia una obra grande y bella. Surge un cronista como Chatelain, un libelista como Marnix de Sainte-Aldegonde; pero su narración pastosa es enfática, su elocuencia recargada, brutal y cruda, recuerda, sin igualarse á ella, el colorido basto y la pesadez enérgica de su pintura nacional. Hoy día su literatura es casi nula. Su único novelista, Conscience, aunque bastante buen observador, nos parece muy pesado y muy vulgar. Cuando se va á su país y se leen sus periódicos, por lo menos los que no se confeccionan en París, parece que se cae en provincias ó aun más bajo. La polémica en ellos es grosera, las flores de retórica están ajadas, la broma es á golpe y porrazo, los rasgos de talento están embotados; una jovialidad vulgar ó una cólera vulgar hacen todo el gasto; hasta las mismas caricaturas nos parecen bastas. Si se busca la parte que han tomado en el gran edificio del pensamiento moderno, se encuentra que pacientemente, metódicamente, como honrados y buenos trabajadores, han tallado algunas piedras. Pueden citar una escuela sabia de filología en Leiden, jurisconsultos como Grotius, naturalistas y médicos como Leuvenhœck, Swammerdam y Boerhaave, físicos como Huygens, cosmógrafos como Ortelius y Mercador; en resumen, un contingente de hombres especiales y útiles, pero ninguno de esos espíritus



creadores que abren al mundo grandes miras originales ó ponen á sus concepciones un marco de formas bellas, capaces de tener un ascendiente universal. Han dejado á las naciones vecinas el papel que representaba María, la contemplativa, á los pies de Jesús, reservándose para ellos el de Marta: en el siglo XVII han dado cátedras á los protestantes eruditos desterrados de Francia, patria al pensamiento libre perseguido en toda Europa, editores á todos los libros de ciencia y de polémica; más tarde han surtido de impresores á toda nuestra filosofía del siglo XVIII, y en fin, de libreros, corredores y hasta editores fraudulentos á toda la literatura moderna. De todo eso aprovechan porque saben los idiomas, leen y son instruidos; la instrucción es una adquisición y un aprovisionamiento que es bueno hacer, como todos los demás. Pero se limitan á eso, y ni sus obras antiguas ni sus obras modernas manifiestan la necesidad y la facultad de contemplar el mundo abstracto más allá del mundo sensible y el mundo imaginario más allá del mundo real.

Por el contrario, siempre se han distinguido y se distinguen aún en todas las artes que se llaman útiles. «Son los primeros entre los trasalpinos—dice Guicciardini—que han inventado las telas de lana.» Hasta 1404 eran los únicos capaces de tejerlas y fabricarlas; Inglaterra les suministraba la lana; los ingleses no sabían aún más que criar y esquilan los borregos. Al fin del siglo XVI, cosa única en Europa, «casi todos, hasta los aldeanos, saben leer y escribir; la mayor parte tienen principios de «gramática». Así encuentra uno cámaras de retórica, es decir, sociedades de elocuencia y de representación teatral hasta en las barriadas. Esto indica á qué punto de progreso habían llevado ya su civili-

zación. «Tienen—dice Guicciardini—un talento y una particular fortuna para la invención pronta en máquinas de todas clases, convenientes é ingeniosas para facilitar, apresurar y despachar todas las cosas que hacen, hasta en materia de cocina.» A decir verdad, son, con los italianos, los primeros que hayan alcanzado en Europa la prosperidad, la riqueza, la seguridad, la libertad, el confort y todos los bienes que nos parecen propios de la edad moderna. En el siglo XIII, Brujas valía tanto como Venecia; en el siglo XVI, Amberes era la capital industrial y comercial del Norte. Guicciardini no se causa de alabarla; en efecto, la ha visto todavía intacta y floreciente antes del terrible sitio de 1585. En el siglo XVII, Holanda, que permanece libre, toma durante un siglo el puesto que tiene hoy Inglaterra en el mundo; á pesar de volver á caer Flandes en las manos de los españoles, de ser pisoteada por todas las guerras de Luis XIV, ser entregada á Austria, servir de campo de batalla en las guerras de la Revolución francesa, jamás descendiendo al nivel de Italia ó de España; la semiprospereidad que conserva al través de las miserias de la invasión repetida y del despotismo torpe, manifiesta la energía de su buen sentido vivaz y la fecundidad de su labor asidua.

Hoy de todas las regiones de Europa, Bélgica es la que á superficie igual alimenta más habitantes; alimenta el doble que Francia; el más poblado de nuestros departamentos, el del Norte, es un pedazo de ella que Luis XIV ha desprendido. Ya hacia Lille y Douai se ve extenderse en un círculo indefinido hasta el fin del horizonte el gran huerto plano, la tierra fértil y profunda, matizada de gavillas pálidas, campos de adormideras, de romolachas, con las hojas pesadas ricamente alimentadas



por un cielo bajo, templado, en el que nadan vapores. Entre Bruselas y Malinas comienza la pradera universal, aquí y allí surcada por una línea de álamos, cortada por fosos húmedos y por barreras, en donde el ganado pasta todo el año, almacén inagotable de forraje, de leche, de queso y de carne. En los alrededores de Gante y de Brujas, el país de Waes es «la tierra clásica de la agricultura», nutrida de abonos que se recogen en todo el país, de estiércol que se trae de Zelanda. Igualmente, Holanda no es más que una pradera de cultura natural que en vez de agotar el suelo lo renueva, y suministra á los propietarios los más grandes rendimientos y prepara al consumidor los alimentos más fortificantes. En Holanda, en Buicksloot, hay vaqueros millonarios, y en todo tiempo, á los ojos de un extranjero, han parecido los Países-Bajos la patria de la abundancia y de la alimentación. Si de la obra agrícola volvéis los ojos hacia la obra industrial, halláis en todas partes el mismo arte de explotar y de utilizar las cosas. Para ellos los obstáculos se han convertido en auxiliares. El suelo era plano y encharcado; se han aprovechado de ello para cubrirlo de canales y de caminos de hierro; en ninguna parte de Europa las vías de comunicación y de transporte son tan numerosas. Les faltaba la leña: han cavado hasta las entrañas del suelo, y las hulleras de Bélgica son tan ricas como las de Inglaterra. Los ríos les molestaban por sus desbordamientos y los lagos interiores les cogían una porción de su territorio; han desecado los lagos, puesto diques á los ríos y aprovechado los substanciosos aluviones, los lentos depósitos de tierra vegetal que las aguas superabundantes ó estancadas habían extendido sobre su suelo.

Sus canales se helaban; en sus patines andan

en invierno cinco leguas por hora. El mar los amenazaba; después de haberlo contenido se han servido de él para ir á comerciar en todas las naciones. El viento corría sin obstáculo en su región plana y sobre su Océano oleoso; lo han empleado para hinchar las velas de sus buques, para mover las aspas de sus molinos. En Holanda veis en cada recodo del camino una de esas enormes construcciones de cien pies de altura, provista de engranajes, de máquinas, de bombas, ocupada en vaciar el sobrante de las aguas, aserrar vigas y fabricar aceite. Del baroo de vapor, enfrente de Amsterdán, se ve extenderse, hasta perderse de vista, una tela de araña infinita, una red frágil, indistinta y complicada, mástiles de los navíos, alas de los molinos, que ciñe el horizonte de sus rayas innumerables. La impresión que uno se lleva es la de un país transformado de abajo arriba por la mano y el arte del hombre, á veces fabricado totalmente, hasta convertirse en confortable y productivo.

Entremos más adelante, acerquémonos al hombre y veamos la primera de sus exterioridades, es decir, su habitación. En este país no hay piedra; no tenían más que una tierra pegajosa, buena para enredarse en los pies de los hombres y de los caballos. Pero han tenido la idea de cocerla, y de ese modo, el ladrillo, la teja, que son las mejores defensas contra la humedad, se encuentran bajo su mano. Veis unas construcciones bien entendidas y agradables de aspecto, muros rojos, castaños, rosas, recubiertos de una substancia lustrosa, fachadas blancas y enjalbegadas, á veces adornadas de flores y de animales esculpidos, de medallones y de columnitas. En las ciudades viejas la casa tiene á menudo sobre la calle su pared delantera festonea-



da con arcos, ramas y relieves, terminados por un pájaro, una manzana, un busto; no es, como en nuestras ciudades, una continuación de su vecina, un compartimento abstracto del gran cuartel, sino una cosa aparte, dotada de un carácter propio y personal, interesante y pintoresco á la vez. Nada mejor arreglado ni más limpio; en Douai, los más pobres hacen blanquear una vez al año su casa por dentro y por fuera, y hay que apalabrar con seis meses de anticipación los enjalbegadores. En Amberes, en Gante y en Brujas, y sobre todo en las ciudades pequeñas, la mayor parte de las fachadas parecen siempre pintadas de nuevo ó refrescadas de ayer. Por todas partes se lava y se barre. Cuando se llega á Holanda, el cuidado redobra y se exagera. Desde las cinco de la mañana se ven sirvientas lavando las aceras. En los alrededores de Amsterdán, las aldeas parecen decoraciones de ópera cómica, por lo rozagantes y bien limpias que están. Hay establos de vacas cuyo suelo es un parquet; no se entra más que con zapatillas ó con almadrerías preparadas en la entrada para ese uso; una mancha de barro sería un escándalo, y con más razón una porquería; el rabo de las vacas está levantado con una cuerda pequeña, para que no se ensucie. Se prohíbe á los coches entrar en la aldea; las aceras, de ladrillo y de azulejos, son más irreprochables que un vestíbulo entre nosotros. En el otoño vienen los niños á recoger las hojas caídas por las calles, para ponerlas en un hoyo. En todas partes, en los cuartos pequeños, que parecen camarotes de buque, el orden y el arreglo son los mismos que en un buque. En Broeck dicen que en cada casa hay una pieza principal, donde no se entra más que una vez por semana para limpiar y frotar los muebles, y que en seguida se vuelve á

cerrar exactamente como estaba; en un país tan húmedo, una mancha se convierte en seguida en una enmohecadura malsana; el hombre, obligado á la limpieza meticulosa, contrae la costumbre de ella, siente su necesidad, y por fin sufre su tiranía. Pero os gustaría ver en la calle más pequeña de Amsterdán la tienda más humilde, sus toneles castaños, su mostrador inmaculado, sus escabeles limpios, cada cosa en su sitio, el espacio estrecho tan bien utilizado, el entendido y cómodo arreglo de todos los utensilios. Gucciardini ya hacía notar que «sus casas y sus trajes son limpios, hermosos, bien arreglados, que tienen cantidad de muebles, utensilios, objetos domésticos, dispuestos con un orden y un lustre admirables, más que en ningún país». Hay que ver el confort de los cuartos, sobre todo en las casas burguesas: alfombras, hules para los parquets, chimeneas económicas y calientes de hierro ó de loza, triples cortinas en las ventanas, vidrios claros ó de grandes reflejos negros, jarrones con flores, rosas y plantas verdes, gran cantidad de bagatelas que indican los gustos sedentarios y hacen agradable la vida en el hogar, espejos dispuestos para reflejar á los transeuntes y el aspecto variable de la calle. Cada detalle muestra un inconveniente que se ha evitado, una necesidad que se ha satisfecho, un gusto que se ha proporcionado uno, un cuidado que se ha tomado; en resumen, el reino universal de la actividad previsora y del bienestar minucioso.

En efecto, el hombre es tal como lo indica su obra. Así provisto y así dispuesto, disfruta y sabe disfrutar. La tierra fértil le suministra el alimento abundante: carne, pescado, legumbres, cerveza, aguardiente; come y bebe abundantemente, y en Bélgica el apetito germánico, refinándose sin dis-



minuirse, se convierte en sensualidad gastronómica. La cocina allí es sabia y perfecta hasta en las mesas de hotel; creo que son las mejores de Europa. Hay cierto hotel en Mons al que el sábado la gente de las pequeñas ciudades vecinas viene expresamente á comer, para hacer una comida delicada. El vino les falta, pero lo importan de Alemania y de Francia y se alaban de tener nuestras mejores cosechas; según ellos, no tratamos nuestros vinos con el respeto que merecen; es preciso ser belga para cuidarlos y saborearlos como conviene. No hay hotel importante que no tenga una provisión variada y escogida de ellos; este surtido hace su gloria y su clientela; gustosamente, en el tren, rueda la conversación sobre los méritos de dos bodegas rivales. Tal negociante económico tiene en sus despensas enarenadas 12.000 botellas bien clasificadas: es su biblioteca. Tal burgomaestre de una pequeña ciudad holandesa posee un barril de Johannisberg auténtico, cosechado en un buen año, y ese barril añade consideración á su dueño. Allí, un hombre que convida á comer sabe escalonar sus vinos de manera que no estrague el gusto y haga beber lo más posible. En cuanto á los placeres de los oídos y de los ojos, los entienden tan bien como los del paladar y los del estómago. Gustan por instinto de la música, de la que nosotros no gustamos más que por educación. En el siglo XVI, son los primeros en ese arte; Guicciardini dice que sus cantores y sus instrumentistas son buscados en todas las cortes de la cristianidad; en el extranjero, sus profesores hacen escuela y sus composiciones hacen ley. Todavía hoy el gran don musical, la aptitud para cantar en partes, se encuentra hasta en las gentes del pueblo; los mineros de carbón forman sociedades corales; he oído tra-

bajadores de Bruselas y de Amberes, calafates y marinos de Amsterdán, cantar en coro y afinados, trabajando ó andando de noche por la calle. No hay gran ciudad belga en donde un reloj de campana colocado en la torre no divierta cada cuarto de hora al artesano en su taller, al burgués en su tienda, con sus extrañas armonías y sus sonoridades metálicas. De igual modo, sus ayuntamientos, las fachadas de sus casas, hasta sus antiguos vasos para beber, son por su ornamentación complicada, sus líneas retorcidas, su invención original y á veces fantástica, agradables á los ojos. Unid á esto los tonos francos ó bien compuestos de los ladrillos que forman los muros, la riqueza de los tintes castaños y rojos realzados por el blanco, que se ostenta sobre los tejados y sobre las fachadas; ciertamente, las ciudades de los Países Bajos son en su género tan pintorescas como las de Italia. En todo tiempo les han gustado las kermeses, las fiestas de Gayan, los desfiles de las corporaciones, la parada y la ostentación de los trajes y de las telas; os mostraré la pompa exclusivamente italiana de las entradas y de las ceremonias en el siglo XV y XVI. Con relación al bienestar son tan golosos como glotones, y de un modo regular, tranquilamente, sin entusiasmo ni fiebre, recogen todas las armonías agradables de sabores, de sonidos, de colores y de formas, que nacen en medio de su prosperidad y de su abundancia, como las tulipas en el mantillo. Todo eso hace un buen sentido un poco limitado, de una felicidad un poco burda; un francés bostezaría allí bien pronto. No tendría razón; esa civilización, que le parece empalagosa y vulgar, tiene un mérito único: es sana; los hombres que viven allí tienen el don que más nos falta, la prudencia, y una recompensa que ya no merecemos, la satisfacción.



## III

Tal es en ese país la planta humana; nos queda por ver el Arte, que es su flor. Entre todas las ramas del tronco, solamente ha producido una flor completa, la pintura, que se desarrolla tan feliz y tan naturalmente en los Países Bajos y aborta en las otras naciones germánicas, y la razón de este hermoso privilegio se halla en el carácter nacional que hemos comprobado.

Para comprender y amar la pintura, es preciso que la vista sea sensible á las formas y á los colores, que sin educación ni aprendizaje tenga gusto en ver una tonalidad cerca de otra tonalidad, que sea delicada para las sensaciones ópticas; el hombre que sea pintor debe ser capaz de ensimismarse ante la rica consonancia de un rojo y de un verde, ante la gradación de una claridad que se oscurece, transformándose ante los matices de una seda ó de un raso que, según sus pliegues, sus ondulaciones y sus distancias, toma reflejos de ópalo, vagos resplandores luminosos, imperceptibles tintes azulados. El ojo es un goloso como la boca, y la pintura es un festín exquisito que se le sirve. Por eso es por lo que Alemania é Inglaterra no han tenido gran pintura. En Alemania, el dominio demasiado fuerte de las ideas puras no ha dejado sitio á la sensualidad de la vista. La primera escuela, la de Colonia, ha pintado, no unos cuerpos, sino unas almas místicas, piadosas y tiernas. El gran artista alemán del siglo XVI, Alberto Durero, por

mucho que conozca los maestros italianos, conserva sus formas sin gracia, sus pliegues angulosos, sus feos desnudeces, su colorido apagado, sus figuras salvajes, tristes ó abatidas; la fantasía extraña, el profundo sentimiento religioso, las vagas adivinaciones filosóficas que se muestran en sus obras, enseñan un espíritu al que la forma no basta. Ved en el Louvre un pequeño *Cristo* de Wohlge-muth, su maestro, y una *Eva* de Lucas Granach, su contemporáneo; percibiréis que los hombres que hacían tales grupos y tales cuerpos habían nacido para la teología, pero no para la pintura. Aun hoy, el interior es lo que estiman y gustan, no lo exterior; Cornelio y los maestros de Munich consideran la idea como principal y la ejecución como secundaria; el maestro concibe, el discípulo es el que pinta; su obra, totalmente simbólica y filosófica, tiene por objeto atraer la reflexión del espectador sobre alguna gran verdad moral ó social. Igualmente, Overbeck tiene por objeto la edificación y predica el ascetismo sentimental; de igual modo todavía, Knauss es un psicólogo tan hábil, que sus cuadros son idilios ó comedias. En cuanto á los ingleses, hasta el siglo XVIII no hacen más que importar cuadros de los pintores extranjeros. En este país, el temperamento es demasiado militante, la voluntad demasiado rígida, el espíritu demasiado utilitario, el hombre demasiado endurecido, demasiado arrastrado y demasiado cansado, para detenerse y delectarse en los bellos y finos matices de los contornos y de los colores. Su pintor nacional, Hogarth, no ha hecho más que caricaturas morales. Otros, como Wilkie, se sirven de sus pinceles para hacer visibles caracteres y sentimientos; hasta en el paisaje es el alma lo que pintan; las cosas corporales no son para ellos más que un indicio y una



sugestión. Esto es visible hasta en sus dos grandes paisajistas, Constable y Turner, y en sus dos grandes retratistas, Gainsborough y Reynolds. En fin, hoy su colorido es de una brutalidad chocante y su dibujo de una minuciosidad literal. Sólo los flamencos y los holandeses han amado las formas y los colores por ellos mismos; ese sentimiento dura todavía; lo pintoresco de sus ciudades, el agrado de sus interiores dan la prueba de ello, y el año pasado habéis podido ver en la Exposición Universal que el arte verdadero, la pintura exenta de intenciones filosóficas y de desviaciones literarias, capaz de manejar la forma sin servilismo y el colorido sin barbarismos, no subsiste más que entre ellos y entre nosotros.

Gracias á ese don nacional, en los siglos XV, XVI y XVII, cuando las circunstancias históricas han sido favorables, han podido tener enfrente de Italia una gran escuela de pintura. Pero como eran germanos, su escuela ha seguido la vía germánica. Lo que distingue su raza de las razas clásicas, es, como habéis visto, la preferencia del fondo á la forma, de la verdad verdadera á la bella decoración, de la cosa real, compleja y regular, natural, á la cosa arreglada, entresacada, depurada y transformada. Ese instinto, del que habéis visto el ascendiente en su religión y en su literatura, ha dirigido también su arte, y particularmente su pintura. «La alta significación de la escuela flamenca —dice muy bien Mr. Waagen (1)—proviene de que esta escuela, libre de toda influencia extranjera, nos revela el contraste de los sentimientos de la raza griega y de la raza germana, las dos cabezas de la columna de la civilización en el mundo

(1) *Manual de la historia de la pintura*, t. 1, pág. 79.

antiguo y en el mundo moderno. En tanto que los griegos procuraban idealizar, no solamente las concepciones del mundo ideal, sino hasta sus retratos, simplificando las formas y acentuando de ellos los rasgos más importantes, los primeros flamencos, por el contrario, tradujeron en retratos las personificaciones ideales de la Virgen, de los apóstoles, de los profetas, de los mártires, y se esforzaron en representar de una manera exacta los pequeños detalles de la Naturaleza. Mientras que los griegos expresaban los detalles del paisaje, ríos, fuentes, árboles, bajo formas abstractas, los flamencos trataban de reproducirlos tal como los habían visto. En eso los alemanes primero y después los ingleses les han seguido.» Recorred en un museo de grabados todas las obras de origen germánico, desde Alberto Durero, Martin Schoengauer, los Van-Eick, Holbein y Lucas de Leyde, hasta Rubens, Rembrandt, Pablo Potter, Juan Steen y Hogarth; si tenéis la imaginación llena de las nobles formas italianas ó de las elegantes formas franceses, se extrañarán vuestros ojos; os costará trabajo ponerlos en el punto de vista, creeréis frecuentemente que el artista va á lo feo deliberadamente. La verdad es que no le arredran las trivialidades y las irregularidades de la vida. No comprende naturalmente las disposiciones simétricas, el movimiento fácil y tranquilo, las proporciones bellas, la salud y la agilidad de los miembros desnudos. Cuando en el siglo XVI los flamencos han imitado la escuela italiana, no han hecho más que estropear su estilo original. Durante setenta años de imitación paciente, han dado á luz abortos híbridos. Este largo periodo de fracasos, colocado entre dos largos periodos de excelencia, da testimonio de los límites y de la potencia de sus aptitudes ori-



ginales. No sabían simplificar la Naturaleza; necesitaban reproducirla por entero. No la concentraban en el cuerpo desnudo, daban una importancia igual á todas sus obras (1), paisajes, edificios, animales, trajes, accesorios. No eran capaces de comprender y de amar el cuerpo ideal; estaban hechos para pintar y reforzar el cuerpo real.

Esto sentado, se destaca fácilmente en qué se diferencian de los otros maestros de la misma raza. Os he descrito su genio nacional, tan razonable y tan bien equilibrado, exento de aspiraciones superiores, limitado al presente, dispuesto á gozar de las cosas. Tales artistas no inventarán las figuras tristes, dolorosamente soñadoras, agobiadas por el peso de la vida, obstinadamente resignadas, de Alberto Durero. No se consagrarán, como los pintores místicos de Colonia ó los pintores moralistas de Inglaterra, á representar unas almas ó unos caracteres; no se sentirá en ellos la desproporción del espíritu y del cuerpo. En un país fértil y rico, entre costumbres joviales, ante caras pacíficas, bonachonas ó florecientes, encontrarán unos modelos conformes á su genio. Casi siempre pintarán al hombre rodeado de bienestar y contento con su suerte. Si lo agrandan será sin elevarlo por encima de su vida terrestre. La escuela flamenca del siglo XVII no hace más que ensanchar sus apetitos,

(1) Respecto de eso, el juicio de Miguel Angel es muy instructivo. «En Flandes—decía—se pinta con preferencia lo que llaman paisajes y muchas figuras por aquí y por allí... Allí no hay ni razón, ni arte, ninguna simetría, ningún cuidado en la elección, ningún tamaño... Si digo tanto malo de la pintura flamenca, no es que sea enteramente mala, pero quiere hacer con perfección tantas cosas de las que una sola bastaría para darle importancia, que no hace ninguna de una manera satisfactoria.» Se reconoce el genio italiano, clásico y simplista.

tos, sus concupiscencias, su fuerza y su alegría. Lo más frecuentemente, lo dejarán tal como es: la escuela holandesa se limita á reproducir la quietud del hogar burgués, la comodidad de la tienda ó de la granja, las alegrías del paseo y de la taberna, todas las pequeñas pasiones de la vida apacible y regulada. Nada hay más conveniente para la pintura; demasiado pensamiento y emoción la dañan. Tales asuntos, concebidos con un espíritu semejante, producen unas obras de una armonía peregrina; los griegos sólo y algunos grandes artistas italianos habían dado ejemplo de ello; en plano inferior, los pintores de los Países Bajos hacen como ellos: no representan al hombre completo en su tipo, adaptado á las cosas, y por lo tanto, feliz sin esfuerzo.

Queda un punto por considerar. Uno de los principales méritos de esta pintura, es la excelencia y la delicadeza del colorido. Es que la educación de la vista, en Flandes y en Holanda, ha sido peculiar. El país es un delta húmedo, como el del Po, y Brujas, Gante, Amberes, Amsterdán, Rotterdam, La Haya, Utrecht, por sus ríos, sus canales, su mar y su atmósfera, se parecen á Venecia. Aquí, como en Venecia, la Naturaleza ha hecho al hombre colorista. Notad el aspecto diferente que revisten los objetos, según que estáis en una región seca como la Provenza y los alrededores de Florencia, ó en un valle húmedo como en los Países Bajos. En la región seca, la línea predomina y llama primero la atención; las montañas recortan en el cielo unas arquitecturas escalonadas de un estilo grande y noble, y todos los objetos se destacan con aristas lívidas en el aire límpido. Aquí el horizonte llano no tiene interés, y los contornos de las cosas están ablandados, esfumados, nublados por el vapor imperceptible que flota eternamente en el aire; lo que predomina



es la mancha. Una vaca que paca, una techumbre en medio de un prado, un hombre apoyado sobre un parapeto, aparece como un tono entre otros tonos. El objeto emerge; no sale de pronto de sus alrededores, desligado violentamente; se impresiona uno por su modelado, es decir, por los diferentes grados de claridad progresiva y por las diferentes gradaciones de color fundido, que cambian su tinte general en un relieve y dan á los ojos la sensación de su espesor (1). Tendriais que pasar algunos días en ese país para sentir esta subordinación de la línea á la mancha. De los canales, de los ríos, del mar, de la tierra empapada, sale incesantemente un vapor azulado ó gris, una niebla universal, que pone alrededor de los objetos una gasa húmeda hasta en los días más hermosos. Por la noche y por la mañana, unos humos que se arrastran, unas muselinas blancas flotan semirrotas sobre las praderas. Me he quedado muchas veces de pie sobre los puentes del Escalda, mirando la gran cantidad de agua lívida, débilmente rizada, en donde nadan negruzcos fondos de buque. El río reluce, y allí y aquí, sobre su vientre plano, la luz turbia enciende vagos reflejos. En todo el círculo del horizonte, las nubes suben incesantemente, y su pálido color

(1) W. Burger, *Museo de Holanda*, 206: «Lo que impresiona en la hermosura del Norte es siempre el modelado, no las líneas. En el Norte la forma no se acusa por el contorno, sino por el relieve. La Naturaleza para expresarse no se sirve del dibujo propiamente dicho. Si os paseáis una hora por una ciudad de Italia, encontraréis mujeres correctamente recortadas, cuya estructura general recuerda la estatuaria griega, y cuyo perfil recuerda los camafeos griegos. Podriais pasar un año en Amberes sin ver una forma que dé la idea de traducirla por un contorno, sino más bien por un relieve que el color sólo puede modelar... Los objetos no se presentan jamás en silueta, sino de lleno, por decirlo así.»

de plomo, su hilera inmóvil, hacen pensar en un ejército de espectros: son los espectros de la región húmeda, fantasmas siempre renovados que traen la lluvia eterna. Del lado del Poniente, se enrojecen, y su masa ventruda, con rayos de oro, recuerda las chapas adamasquinadas, las túnicas de brocado, las sedas trabajadas con las que Jordaens y Rubens envolvían á sus mártires sangrientos y á sus madonas dolorosas. En el horizonte, el sol parece una enorme brasa que se apaga y humea. Cuando se llega á Amsterdán ó á Ostende, la impresión se hace más profunda todavía; el mar y el cielo no tienen forma; la niebla y los chubascos interpuestos no dejan en la memoria más que colores. El agua cambia de color cada media hora, tan pronto vinoso pálido, tan pronto con una blancura de tiza, tan pronto amarillenta como un mortero remojado, tan pronto negra como pez fundida, á veces de un color violeta lúgubre, cebreado por largas rayas verdosas. Al cabo de algunos días, está la experiencia hecha; una Naturaleza semejante, no deja importancia más que á los matices, á los contrastes, á las armonías; en resumen, al valor de los tonos.

Por otra parte, esos tonos son llenos y ricos. Un país seco y apagado de aspecto, la Francia del Sur, la parte montañosa de Italia, no deja en los ojos más que la sensación de un tablero de ajedrez gris y amarillento. Además, todos los tonos del suelo y de las casas están apagados por el esplendor preponderante del cielo y por la iluminación universal del aire. A decir verdad, una ciudad del Mediodía, un paisaje de Provenza ó de Toscana, no es más que un simple dibujo; con papel blanco, difumino y los débiles tonos de los lápices de color, se puede expresar por entero. Por el contrario, en



una región húmeda como los Países Bajos, la tierra es verde, y un gran número de manchas vivas diversifican la uniformidad de la pradera universal; ya es el color negruzco ó castaño de la gleba mojada, ya el rojo intenso de las tejas y de los ladrillos, ya el barniz blanco ó rosa de las fachadas, ya la mancha rojiza de las bestias acurrucadas, ya el muaré luciente de los canales y de los ríos. Y estas manchas no están amortiguadas por la claridad del cielo, demasiado fuerte. Al contrario del país seco, no es el cielo, aquí es la tierra la que tiene el valor preponderante. Sobre todo en Holanda (1), durante muchos meses «el aire no tiene ninguna transparencia; una especie de velo opaco, extendido entre el cielo y la tierra, intercepta todo resplandor... En invierno la obscuridad parece que cae de arriba». Por lo tanto, los ricos colores de que están revestidos los objetos terrestres, permanecen sin rival. Añadid á su fuerza su matiz y su movilidad. En Italia, un tono queda fijo; la luz inmutable del cielo lo mantiene durante muchas horas y lo mismo ayer que mañana. Lo volveréis á encontrar al volver tal como lo habíais colocado sobre vuestra paleta un mes antes. En Flandes varía necesariamente con las variaciones de la luz y del vapor ambiente. Aquí también quisiera llevaros al país y dejaros sentir por vosotros mismos la hermosura original de las ciudades y del paisaje. El rojo de los ladrillos, la blancura luciente de las fachadas, son agradables de ver, porque están dulcificados por el ambiente grisáceo. Sobre el fondo apagado del cielo se alargan en fila unos techos agudos y escamosos, todos de un castaño intenso; aquí y allí una cabecera gótica, un campanario gigantesco,

(1) W. Burger, *Museos de Holanda*, 213.

cubierto de esquilonos trabajados y de animales heráldicos. Frecuentemente, el borde almenado de las chimeneas y de las techumbres se refleja abri-llantado en un canal ó en un brazo de río. Fuera de las ciudades, como en las ciudades, todo es materia para un cuadro; no habría más que copiar. El verde universal del campo no es ni crudo ni monótono; está matizado por los diversos grados de la madurez de las hojas y de las hierbas, por el diverso espesor y los cambios perpetuos de la niebla y de las nubes. Tiene por complemento ó para contraste la negrura de las nubes que, de pronto, se deshacen en tempestades y aguaceros, el gris de la bruma que se rompe ó que se esparce, la vaga red azulada que envuelve las lejanías, el mariposeo de la luz detenida en el vapor que vuela, á veces el raso luciente de una nube inmóvil ó alguna abertura súbita por la que aparece el azul. Un cielo tan lleno, tan móvil, tan propio para poner de acuerdo, variar y hacer valer los tonos de la tierra, es una escuela de coloristas. Aquí, como en Venecia, el Arte ha seguido á la Naturaleza, y la mano estaba necesariamente conducida por la sensación que recibía la vista.

Pero si las analogías del clima han dado al ojo del veneciano y al del hombre de los Países Bajos una educación análoga, las diferencias del clima le han dado una educación diferente. Los Países Bajos están situados á trescientas leguas al Norte de Venecia. El aire es allí más frío, la lluvia más frecuente, el sol más á menudo velado. De ahí una gama natural de colores, que ha provocado una gama artificial correspondiente. Siendo rara la plena luz, los objetos no llevan la huella del sol. No encontráis esos tonos dorados, esas rojeces soberbias, tan frecuentes en las monumentos de Ita-



lia. El mar no es glauco, semejante á una seda, como en las lagunas de Venecia. Las praderas y los árboles no tienen el tono sólido y fuerte que se ve en las verduras de Verona y de Padua. La hierba es blanducha y pálida, el agua lívida ó negruzca, la carne blanca, tan pronto rosada como la de una flor cultivada en la sombra, tan pronto encarnadota cuando ha estado expuesta á las intemperies é hinchada por el alimento, lo más á menudo amarillenta, blanda, á veces paliducha, inanimada en Holanda y de un tono de cera. Los tejidos del ser viviente, hombre, animal ó planta, reciben demasiada agua y la cocción del sol les falta. Es por lo que si se comparan las dos pinturas, se encuentra en ellas una diferencia en el tinte general. Seguid en un museo la escuela veneciana, después la escuela flamenca; pasad de Canaletto y Guardi á Ruisdael, Pablo Potter, Hobbema, Adrián Van-den-Velde, Teniers, Van-Ostade, del Ticiano y del Veronés á Rubens, Van-Dick y Rembrandt, y consultad la sensación de vuestros ojos. De los primeros á los segundos, el colorido pierde una parte de su calor. Los tonos ambarinos, rojizos, hoja muerta, desaparecen; se ve apagarse la hoguera ardiente que envolvía las *Asunciones*; la carne toma una blancura de leche ó de nieve; la púrpura intensa de los ropajes se esclarece, las sedas más pálidas tienen reflejos más fríos. El castaño intenso que impregnaba vagamente los follajes, las rojeces poderosas que doraban las lejanías llenas de sol, los tonos de mármol venoso, de amatista y de zafiro con los que las aguas resplandecían, languidecen para dejar el sitio á las blancuras mates de los vapores esparcidos, á las claridades azuladas del crepúsculo húmedo, á los reflejos de pizarra del mar, á los tonos lodosos de los ríos, á

los verdes empalidecidos de los prados, al ambiente grisáceo de los interiores.

Entre esos tonos nuevos se establece una armonía nueva. A veces la plena luz da en los objetos; no están acostumbrados á ello, y el campo verde, los tejados rojos, las fachadas barnizadas, las carnes satinadas adonde la sangre afluye, tienen entonces un resplandor extraordinario. Estaban hechos para la media luz de la región septentrional y húmeda; no han sido transformados, como en Venecia, por la lenta quemadura del sol; bajo esta irrupción de la claridad, sus tonos se vuelven demasiado vivos, casi crudos; vibran juntos como un toque de trompetas y dejan en el alma y en los sentidos una impresión de alegría enérgica y ruidosa. Tal es el colorido de los pintores flamencos que gustan del pleno día; Rubens os dará de ello el mejor ejemplo; si sus cuadros restaurados del Louvre nos representan su obra tal como era al salir de sus manos, se puede asegurar que no se cuidaba de los ojos; en todo caso, su colorido no tiene la armonía llena y fundida de los venecianos; los extremos más fuertes están aproximados; la blancura nevada de las carnes, el rojo sangriento de los ropajes, el brillo deslumbrador de las sedas tienen toda su fuerza, y no están relacionados, atemperados, envueltos, como en Venecia, por ese tinte ambarino que impide que los contrastes se entrenchen y que los efectos sean rudos. A veces, por el contrario, la luz es apagada ó casi nula; es el caso más frecuente, sobre todo en Holanda; los objetos salen penosamente de la sombra; se confunden casi con lo que les rodea; de noche, en una bodega, bajo una lámpara, en un cuarto en donde se desliza por una ventana un rayo moribundo, se borran y no son más que negruras más intensas



en la negrura universal. La vista es llevada á notar estos matices de lo obscuro, el vago reguero del día que se mezcla con la sombra, los restos de luz prendidos en los últimos reflejos de los muebles, un reflejo de verdoso espejo, un bordado, una perla, algún grano de oro perdido en un collar. Hechos sensibles á esas delicadezas, el pintor, en vez de acercar los extremos de la gama, no toma de ella más que el principio; todo su cuadro, salvo un punto, está en la sombra; el concierto que nos da es una sordina continua, en donde á veces surge un estrépito. Así descubre armonías desconocidas, todas las del clarooscuro, todas las del modelado, todas las del alma, armonías penetrantes, infinitas; con un embadurnamiento amarillo sucio, de vino aguado, de gris sucio, de negruras vagas aquí y allí, salpicadas de una mancha viva, consigue conmover la parte más íntima de nuestro ser. En esto consiste la última de las grandes invenciones pictóricas. Por ella es por la que hoy la pintura habla mejor al alma moderna, y tal es el colorido que la luz de Holanda ha suministrado al genio de Rembrandt.

Habéis visto la simiente, la planta y la flor. Una raza de un genio en todo opuesto al de los pueblos latinos se hace, después de ellos y al lado de ellos, su puesto en el mundo. Entre las numerosas naciones de esta raza, hay una en la que su territorio y su clima especial desarrollan un carácter particular que la predispone al arte y á un cierto género de arte. La pintura nace en ella, dura y se hace completa, y el medio físico que la rodea, como el genio nacional que la funda, le dan y le imponen sus asuntos, sus tipos y su colorido. Tales son los preparativos remotos, las causas profundas, las condiciones generales que han alimentado esta

savia, dirigido esta vegetación y producido el florecimiento final. No nos queda más que exponer las circunstancias históricas cuya sucesión y cuya diversidad han traído las fases sucesivas y diversas de este gran florecimiento.

FIN DEL TOMO PRIMERO